

## *Se acerca la hora de la decisión (a propósito de la situación en Francia)*

**León Trotsky**

18 de diciembre de 1938

(Versión al castellano desde “L’heure de la décision approche. A propos de la situation en France”, en *Oeuvres*, P. Broué editor, Tomo 19, Publications de l’Institut Léon Trotsky, Grenoble, 1985, páginas 250-259, también para las notas)

Cada día, lo queramos o no, estamos seguros de que la Tierra sigue girando alrededor de su eje. Del mismo modo, las leyes de la lucha de clases actúan independientemente de si las reconocemos o no. Siguen actuando a pesar de las políticas del frente popular. La lucha de clases hace del frente popular su instrumento. Después de la experiencia de Checoslovaquia, ahora es el turno de Francia: incluso las mentes más limitadas y atrasadas tienen una nueva oportunidad de aprender algo. El Frente Popular es una coalición de partidos. Toda coalición, es decir, toda alianza sobre una base amplia, necesariamente ha de tener el programa del partido más moderado de los partidos en ella reunidos. Desde el principio, el frente popular significaba que los socialistas y comunistas ponían su actividad política bajo el control de los radicales. Los radicales franceses representan el flanco izquierdo de la burguesía imperialista. En la bandera del partido radical se lee: “patriotismo”, “democracia”. El “patriotismo” es la defensa del imperio colonial de Francia; la “democracia” no representa nada real, sino que simplemente sirve para encadenar a las clases pequeñoburguesas al carro del imperialismo. Y precisamente porque los radicales ligan el imperialismo saqueador con una democracia de fachada, se ven obligados a mentir y engañar a las masas populares mucho más que cualquier otro partido. Se puede decir, sin exagerar, que el partido de Herriot-Daladier<sup>1</sup> es el más depravado de todos los partidos franceses, representando una especie de caldo cultural para los profesionales, los individuos venales, los negocios bursátiles y, en general, para los aventureros de todo tipo<sup>2</sup>. Como los partidos del Frente Popular no podían ir más allá del programa radical, esto desembocó, en la práctica, en la subordinación de los obreros y campesinos al programa imperialista del ala más corrupta de la burguesía.

El Frente Popular justifica su política con la necesidad de la unión del proletariado y la “pequeña burguesía”. ¡Es imposible imaginar una mentira más grosera! El partido radical representa los intereses de la gran burguesía y no los de la pequeña burguesía. Es fundamentalmente el aparato político de la explotación de la pequeña burguesía por el imperialismo. Por ello, la unión con el partido radical no es una alianza con la pequeña burguesía, sino con sus explotadores. Sólo se puede realizar una verdadera alianza de obreros y campesinos con la pequeña burguesía enseñándole a esta última cómo liberarse del partido radical, cómo librarse de una vez por todas de su yugo. Sin embargo, el Frente Popular hace exactamente lo contrario; entrando en este “frente”, socialistas y comunistas asumen la responsabilidad de la política del partido radical y, así, lo ayudan a explotar y engañar a las masas populares.

En 1936, socialistas, comunistas y anarcosindicalistas ayudaron al partido radical a frenar y atomizar el poderoso movimiento revolucionario. En los últimos dos años y medio, el gran capital ha logrado sobreponerse un poco de su temor. El Frente

---

<sup>1</sup> Se trata del partido radical y radical-socialista, miembro del Frente Popular. Edouard *Herriot* (1872-1957), alcalde de Lyon desde 1905, era presidente de la cámara de diputados. Sin haberse opuesto formalmente al Frente Popular, sí que había manifestado ciertas reservas hacia él. Por el contrario, Edouard *Daladier* (1884-1970), de una generación más joven, había sido el hombre del Frente Popular en su partido. También gozaba de la confianza del estado mayor.

<sup>2</sup> Parlamentarios radicales estuvieron mezclados en todos los escándalos de la III República, desde el de Panamá hasta el asunto Stavisky.

Popular, habiendo ya cumplido su papel de freno, ha devenido ahora molesto para la burguesía. La orientación internacional del imperialismo francés ha sido igualmente modificada. La alianza con la URSS se reconoció como arriesgada y poco rentable mientras que un entendimiento con Alemania era indispensable. El capital financiero ordenó a los radicales que rompieran con sus aliados, los socialistas y los comunistas. Como siempre, obedecieron sin murmurar<sup>3</sup>. La ausencia de oposición en el seno de los radicales durante el cambio de rumbo demostró, una vez más, que este partido era imperialista en esencia y “democrático” sólo de palabra. El gobierno radical, rechazando todas las lecciones de la Internacional Comunista sobre “el frente único de las democracias”, se está acercando a la Alemania fascista y, en el camino, como toca, se desembaraza de todas las “leyes sociales” que fueron el subproducto del movimiento obrero en 1936<sup>4</sup>. Todo esto está de acuerdo con las estrictas leyes de la lucha de clases, por tanto era previsible, y estaba previsto.

Pero los socialistas y comunistas, pequeñoburgueses ciegos como son, se encontraron sorprendidos inesperadamente y manifestaron su desasosiego con declaraciones hipócritas: ¿cómo a nosotros, los patriotas, los demócratas, que hemos ayudado a restaurar el orden, a domar al movimiento obrero y prestado servicios inestimables a la “República”, es decir, a la burguesía imperialista, se nos enseña la puerta de salida ahora sin ceremonias? De hecho, precisamente porque han prestado todos los servicios antes mencionados a la burguesía, ésta ahora se puede desembarazar de ellos. El reconocimiento nunca jamás antes ha jugado el menor papel en la lucha de clases.

La indignación de las masas engañadas es grande. Jouhaux, Blum y Thorez se ven obligados a hacer algo para no perder definitivamente su crédito. En respuesta al movimiento espontáneo de los obreros, Jouhaux proclama la “huelga general”, la protesta de “brazos caídos”. Protesta legal, pacífica y completamente inofensiva. “¡Una huelga de veinticuatro horas!”, explica con una sonrisa deferente a la burguesía. El orden no se verá perturbado, los trabajadores mantendrán la calma y la dignidad, no le tocarán ni un solo pelo a las clases dirigentes. “¿Es posible que no me conozcan ustedes, banqueros, industriales y generales? ¿Han olvidado que aseguré su salvación durante la guerra de 1914-1918?” Blum y Thorez, se hicieron eco del Secretario General de la CGT: “¡La protesta debe ser pacífica, sólo debe ser una protesta modesta, simpática, patriótica!” Entretanto, Daladier militariza importantes categorías de obreros y organiza la preparación de las tropas. Frente al proletariado con brazos caídos, la burguesía, repuesta de su pánico gracias al Frente Popular, no se prepara de ninguna manera para cruzarse de brazos: está segura de beneficiarse de la desmoralización engendrada por el Frente Popular en las filas obreras para descargar un golpe decisivo. En estas condiciones, la huelga sólo podía terminar en fracaso.

Los trabajadores franceses acaban de pasar recientemente por un período de huelgas tempestuosas, con ocupación de fábricas. El siguiente paso sólo podría ser para

---

<sup>3</sup> El gobierno de Edouard Daladier, constituido el 10 de abril de 1938, englobaba a radicales en todos los puestos claves y a algunos representantes del centro derecha. Paul Reynaud y Georges Mandel en particular. Había obtenido para la investidura 575 votos frente a 5 en contra, habiendo votado a favor de él socialistas y comunistas. Durante la votación sobre Múnich obtuvo 535 votos contra 75 (los diputados comunistas votaron en contra). Sobre los plenos poderes económicos sólo había recibido 331 votos, habiéndose abstenido los socialistas y votado en contra los comunistas. El 10 de noviembre, los radicales hicieron pública su negativa a sentarse de allí en adelante al lado de los representantes del partido comunista en el Comité du Rassemblement populaire [comité del Reagrupamiento Popular]: el Frente Popular había recibido el tiro de gracia.

<sup>4</sup> El 13 de noviembre, el ministro de finanzas de Daladier, Paul Reynaud, presentaba “decretos-leyes” que incluían particularmente el restablecimiento de la semana de seis días, la reintroducción del trabajo por piezas, sanciones ante la negativa a realizar horas extraordinarias, la supresión de los mejoramientos para las 150 primeras horas extraordinarias y... el reclutamiento de 1.500 gendarmes más. Al presentar estos decretos-ley, Reynaud decía: “Vivimos un régimen capitalista. Siendo como es el régimen capitalista, hay que obedecer sus leyes.”

ellos una verdadera huelga general revolucionaria que pusiera la conquista del poder en el orden del día. Nadie indica o puede indicar a las masas ninguna otra salida de la crisis interna, ninguna otra forma de luchar contra la aproximación del fascismo y la guerra. Todo proletario francés dotado de entendimiento comprende que al día siguiente de una huelga teatral de 24 horas, de brazos caídos, la situación no es mejor, sino peor. En particular numerosas categorías de trabajadores se arriesgan a pagarla cruelmente (perdiendo su trabajo, pagando multas, yendo a prisión)<sup>5</sup>. ¿En nombre de qué? “En ningún caso se verá alterado el orden”, jura solemnemente Jouhaux. Todo permanecerá en su sitio: la propiedad, la democracia, las colonias y, con ellas, la miseria, el alto coste de la vida, la reacción y el peligro de guerra. Las masas son capaces de soportar los mayores sacrificios si tienen ante sí grandes perspectivas políticas, pero quieren saber claramente cuál es el objetivo, cuáles son los métodos, quién es el amigo, quién el enemigo. Sin embargo, los dirigentes de las organizaciones obreras han hecho todo lo posible para sembrar la confusión y la desorganización en el proletariado.

Ayer mismo, el partido radical se vanagloriaba de ser el pivote del Frente Popular, de portar la llama del progreso, la democracia, la paz, etc. A decir verdad, los trabajadores no tenían ninguna confianza depositada en los radicales. Pero *toleraban* a los radicales en la medida *en que confiaban* en los partidos socialista y comunista y en la organización sindical. La ruptura en la parte superior se produjo, como siempre en estos casos, de forma inesperada. Se mantuvo a las masas en la ignorancia hasta el último momento. Peor aún: esa ignorancia que siempre fue la forma en de “informar” a las masas fue lo que le permitió a la burguesía coger a los trabajadores por sorpresa. Y sin embargo, los trabajadores se prepararon por su propia cuenta para entrar en la lucha. Enredados en sus propias redes, los “jefes” llaman a las masas (¡no se rían por favor!) a la “huelga general”. ¿Contra quién? Contra los “amigos” de ayer. ¿En nombre de qué? Nadie lo sabe. El oportunismo siempre va acompañado de semejantes accesos de aventurismo.

La huelga general es, por su naturaleza, un medio revolucionario de lucha. En la huelga general, el proletariado se reúne, como clase, contra su enemigo de clase. Decretar la huelga general, he ahí lo que es absolutamente incompatible con la política de frente popular, que significa la alianza con la burguesía. Los despreciables burócratas de los partidos socialista y comunista, así como de los sindicatos, consideran al proletariado como un mero instrumento auxiliar de sus acuerdos secretos con la burguesía. Se les propone a los trabajadores pagar carísima una simple manifestación; tantas víctimas sólo hubieran tenido sentido tratándose de una lucha decisiva. ¡Como si se pudiese orientar arbitrariamente a millones de hombres a derecha e izquierda a gusto de las combinaciones parlamentarias! Jouhaux, Blum y Thorez, fundamentalmente han hecho todo lo posible para asegurar el fracaso de la huelga general. Ellos mismos tienen tanto miedo de la lucha como la burguesía; y al mismo tiempo se ven obligados a forjarse un pretexto de cara al proletariado. Es una clásica artimaña de los reformistas: preparar el fracaso de la acción de masas y hacer recaer sobre las masas la responsabilidad del fracaso, o, lo que no es mejor, vanagloriarse de una victoria que no se ha producido. ¡No es sorprendente que el oportunismo, embellecido con el aventurerismo a dosis homeopáticas, sólo le aporte a las masas la derrota y la humillación!

El 9 de junio de 1936 escribíamos: *La revolución francesa ha comenzado*. Podría pensarse que este diagnóstico ha sido desmentido. En realidad la cuestión es más

---

<sup>5</sup> Maurice Thorez tenía que descontar 40.000 despedidos en la aviación, 32.000 trabajadores sometidos a locaut en la Renault, decenas de millares de despedidos en la región parisina, 100.000 en Marsella, 80.000 mineros en la cuenca del Norte-Paso de Calais, 100.000 en el textil, etc. Numerosos funcionarios, de la enseñanza en particular, fueron transferidos a otras ciudades y se produjeron muchas condenas por “atentado contra la libertad de trabajo”.

compleja. No pueden albergarse dudas de que la situación objetiva en Francia fuese entonces revolucionaria, y de que lo siga siendo ahora: hay crisis de la posición internacional del imperialismo francés, y, conjuntamente, crisis interna del capitalismo francés, crisis financiera del estado, crisis política y de la democracia; existe un extraordinario desasosiego entre la burguesía, está la evidente ausencia de salida según los viejos esquemas tradicionales. Sin embargo además, como lo demostró Lenin en 1915: “Toda situación revolucionaria no produce una revolución. Ésta sólo se produce... si a las transformaciones objetivas viene a añadirse el cambio subjetivo, es decir si la clase revolucionaria se muestra capaz de llevar adelante la acción revolucionaria de masas con fuerza suficiente... como para abatir al viejo gobierno, que nunca, ni incluso en período de crisis, “cae” si no se le “hace caer””. La historia reciente ha confirmado trágicamente que “toda situación revolucionaria no produce una revolución” y que la situación revolucionaria deviene contrarrevolución si no se añaden, al mismo tiempo, los factores subjetivos a los objetivos, es decir la ofensiva revolucionaria de la clase revolucionaria.

El grandioso oleaje de la huelga de 1936 demostró que el proletariado francés estaba presto para la lucha revolucionaria, y que ya se había adentrado en la vía del combate. En este sentido teníamos todo el derecho para escribir: “La revolución francesa ha comenzado.” Pero si “toda situación revolucionaria no produce una revolución”, cae por su peso que toda revolución *que ha comenzado* no tiene asegurado el progreso a continuación con un paso uniforme. El inicio de la revolución, que lanza a la arena política a las jóvenes generaciones, siempre está marcado por ilusiones, esperanzas ingenuas y confianza. En general, es preciso que la revolución sufra un violento ataque por parte de la reacción para que dé un paso adelante con más resolución. Si la burguesía francesa hubiese respondido a las huelgas y manifestaciones con medidas policiales y militares (y hubiera ocurrido así inevitablemente de no haber tenido a su servicio a Blum, Jouhaux, Thorez y compañía), el movimiento hubiese pasado rápidamente a un estadio más elevado y la lucha por el poder hubiese estado inevitablemente al orden del día. Pero el recurso de la burguesía a los servicios del Frente Popular es un falso retroceso, una concesión coyuntural. A la presión de los huelguistas opuso al gobierno Blum que a los ojos de los trabajadores apareció como su gobierno, o casi. La CGT y la Internacional Comunista aportaron con todas sus fuerzas el apoyo para este engaño.

Para llevar adelante el combate revolucionario por el poder hay que tener una clara visión de la clase a la que hay que arrancarle el poder. Los trabajadores no reconocieron a su enemigo ya que llevaba la máscara de otro. Además, son necesarios los instrumentos de combate por el poder: partido, sindicatos, consejos obreros. Esos instrumentos les han sido confiscados a los trabajadores, los jefes de las organizaciones obreras han formado un opaco muro alrededor del poder de la burguesía para, así, enmascararlo, hacerlo irreconocible. Así, *la revolución que comenzaba fue frenada, interrumpida y desmoralizada*.

Los dos años y medio que han transcurrido han mostrado, paso a paso, la debilidad, el carácter mentiroso e hipócrita del Frente Popular. Lo que los trabajadores tomaron por un gobierno “popular” ha demostrado ser, simplemente, la máscara temporal de la burguesía. Esa máscara ha caído ahora. Es visible que la burguesía juzga que los trabajadores han sido suficientemente engañados y debilitados, que el peligro inmediato de revolución ya ha pasado. En el pensamiento de la burguesía, el gobierno Daladier sólo es un pequeño paso hacia un gobierno más fuerte y serio de la dictadura imperialista.

¿Es ajustado el diagnóstico de la burguesía? ¿Realmente el peligro *inmediato* ha pasado ya para ella? Dicho de otra forma: ¿la revolución ha sido rechazada a un futuro

indeterminado, es decir lejano? Nada en absoluto lo prueba. Semejante certeza es, como mínimo, altiva y prematura. La crisis *actual* todavía no ha dicho su última palabra. En cualquier caso, mostrarse optimista a cuenta de la burguesía no le conviene en absoluto al partido revolucionario que es el primero en descender al campo de batalla y el último en abandonarlo.

La “democracia” es, hoy en día, privilegio de algunas naciones extremadamente poderosas, ricas, explotadoras y esclavistas. Francia es una de ellas, pero es el eslabón más débil. Su peso particular en la economía ya no está desde hace mucho tiempo en consonancia con su posición en el mundo, heredada del pasado. He ahí el motivo de que la Francia imperialista sea hoy en día víctima de la historia y no pueda sustraerse a su destino. La democracia parlamentaria en Francia está condenada. Los elementos que son el basamento de una situación revolucionaria no solamente no han desaparecido en el curso de los dos o tres últimos años, sino que, por el contrario, se han reforzado extremadamente. La situación internacional e interna del país ha empeorado extraordinariamente. El peligro de guerra se ha aproximado. Si bien el miedo de la burguesía se ha apaciguado, la conciencia general de que no existe salida ha devenido, por el contrario, mucho más aguda.

Pero ¿cómo se presenta la situación desde el punto de vista de los “factores objetivos”, es decir de la preparación del proletariado para el combate? Este problema, precisamente porque concierne al dominio *subjetivo* y no al *objetivo*, no tiene respuesta precisa *a priori*. Lo que es decisivo es la realidad viva, es decir el curso real de la lucha. Pero tenemos puntos de referencia que son determinados aspectos muy importantes de la situación para apreciar el factor subjetivo: podemos constatar que ocupan un gran lugar en la experiencia de la última “huelga general”.

Desgraciadamente no podemos analizar aquí en detalle la lucha de los trabajadores franceses durante la segunda quincena de noviembre y los primeros días de diciembre. Pero para la cuestión que nos interesa es suficiente con los datos más generales. La participación en la huelga con manifestaciones de alrededor de dos millones de trabajadores, a la vista de los cinco millones de miembros de la CGT (al menos sobre el papel), es una derrota. Pero si se consideran las condiciones políticas descritas más arriba, y en particular el hecho que los principales “organizadores” de la huelga eran, al mismo tiempo, los principales esquirols de huelgas, la cifra de dos millones rinde testimonio del alto grado de combatividad del proletariado francés. A la luz de los acontecimientos anteriores, esta conclusión aparece, además, más evidente. ¡La agitación, los mítines y manifestaciones, las escaramuzas con la policía y las tropas, las huelgas y las ocupaciones de fábrica comenzaron el 17 de noviembre y se ampliaron con la entrada en acción de comunistas, socialistas y anarquistas de base<sup>6</sup>! Está claro que la CGT se ha visto sobrepasada por los acontecimientos. El 25 de noviembre, los burócratas sindicales anuncian una huelga pacífica, “no política” para el 30 de noviembre, es decir cinco días más tarde. Dicho de otra forma, *en lugar de desarrollar, ampliar y generalizar el movimiento real que cada vez tomaba más una forma combativa, Jouhaux y compañía le oponen a ese movimiento revolucionario la idea sin vida de una protesta platónica*. Los burócratas necesitaban ese plazo de cinco días (porque, en semejantes momentos, cada día vale por un mes) para poner a punto su colaboración secreta con el poder a fin de paralizar y quebrar el movimiento que se desarrollaba de forma autónoma y que les atemorizaba tanto como a la burguesía<sup>7</sup>. Las

---

<sup>6</sup> Se desarrollaba una huelga de estibadores en Marsella, una huelga de la construcción en todo el país, un asalto contra Renault ocupada y fortificada por sus obreros a pesar de los llamamientos a la moderación del alcalde socialista y del diputado comunista.

<sup>7</sup> El diario del PO belga, *Le Peuple*, escribía: “La CGT ha tomado la decisión de canalizar, disciplinar y bloquear el movimiento proclamando para el próximo miércoles una huelga general de protesta de 24 horas. Tras la cual se debe volver en orden al trabajo.”

medidas militares y policiales tomadas por Daladier únicamente han tenido una eficacia real porque Jouhaux y compañía han empujado el movimiento a un callejón sin salida.

El hecho que los ferroviarios, los obreros de la industria de armamentos, los metalúrgicos, y otras capas de la vanguardia del proletariado, no hayan participado en la “huelga general” no es una prueba de indiferencia: en el curso de las dos semanas precedentes esos trabajadores habían participado activamente en la lucha. Pero esas capas de vanguardia habían entendido mejor que el resto, sobre todo tras las medidas tomadas por Daladier, que el problema ya no era manifestarse ni alzar protestas platónicas, sino entablar la lucha por el poder. La participación en la huelga con manifestaciones de capas de trabajadores más atrasadas, u ocupando un lugar menos importante en las relaciones sociales, rinde testimonio, por otra parte, de la profundidad de la crisis en el país y de que la energía revolucionaria de las masas obreras se mantenía intacta a pesar de la política de desmoralización del Frente Popular.

Cierto que la historia nos enseña que, incluso después de una derrota decisiva que pone fin a la revolución, las capas más atrasadas de trabajadores pueden continuar actuando, mientras que los ferroviarios, metalúrgicos, etc., se mantienen pasivos. Este fue el caso en Rusia tras el aplastamiento de la insurrección de 1905. Pero esta situación resultaba del hecho que las capas de vanguardia ya habían agotado sus fuerzas en el curso de largos combates que la habían precedido: huelgas, locauts, manifestaciones, enfrentamientos con la policía y las tropas e insurrección. No ocurre lo mismo con el proletariado francés: el movimiento de 1936 no ha agotado en absoluto las fuerzas de la vanguardia. La desilusión a cuenta del Frente Popular por supuesto que ha podido provocar una desmoralización pasajera en determinadas capas; por el contrario, ha debido agudizar la impaciencia e indignación de las otras capas. Al mismo tiempo, en 1936 como en 1938, los movimientos han enriquecido a todo el proletariado con una inestimable experiencia y han descubierto a millares de dirigentes obreros locales que desprecian a la burocracia oficial. Necesitamos ser capaces de llegar hasta ellos, reagruparles y armarlos con el programa de la revolución.

Desde fuera no vamos a dar consejos sobre táctica a nuestros amigos franceses que están en el lugar de la acción, y que pueden tomarle el pulso a las masas mejor que nosotros. Sin embargo, hoy en día más que nunca está claro para todo revolucionario marxista que el único medio seguro de medir perfectamente la correlación de fuerzas, y en particular el grado de preparación de las masas para el combate, es *la acción*. La crítica sin concesiones de la II y III internacionales sólo tiene valor revolucionario en la medida en que ayuda a la vanguardia a movilizarse para participar en los acontecimientos. Las consignas fundamentales, necesarias para la movilización, están dadas por el programa de la Cuarta Internacional, programa que reviste hoy en día en Francia un carácter más actual que jamás lo haya tenido en otro país. Una inmensa responsabilidad política recae sobre los hombros de nuestros camaradas. Ayudar a la sección francesa de la IV Internacional con todas sus fuerzas y con todos los medios morales y materiales es el deber más importante y el más urgente de la vanguardia revolucionaria.

Edicions internacionals Sedov



[germinal\\_1917@yahoo.es](mailto:germinal_1917@yahoo.es)